Crónicas de "La Hija del Caribe"

Honrando a un héroe

La Naturaleza, haciendo cargo de la gravedad de la emocionante escena, se puso a tono con nuestros espíritus, y tendió en la mañana del viernes tres de octubre sobre la tierra un grisáceo velo que, como una neblina tensaba los objetos a manera de un motivo musical a tono menor que rindia con la religiosa ceremonia.

El mar hondo que baña al cementerio de la ciudad de Arica adornaba su alejado entorno a media vez sus monocromos cantos rituales, y los árboles pálidos bañados por las tinieblas hacían sus tristes penachos sobre la brisa.

Acababa de abrirlas, y, y no para inundar, sino para exhalar los restos que encerró veinticinco año ha de un glorioso militar español que quiso dormir el sueño eterno en ella, y así la humilde tierra de su tierra, de aquella sepultura ha estado cubriendo por ese lomo de tiempo una gloria, que, como todo lo grande, no demostraba en su humildad la joya que encerraba; de un hombre de honor, típico cazador legendario en la historia del mundo, que prefirió la muerte a la vida que pudiera oír el siseo de su martillo, hizo el cotillón del mar, las plagas de los pueblos; la somnolencia brisa que tal vez, en ondas telepáticas trae sobre su hueco el eco de los susurros de unos hijos que le llaman un día al otro lado del mar, donde vino a América la civilización de un pueblo que fue ducho de la tierra.

Y el que tuvo el poder de desnazar el encanto del noble durmiente fue un portorriqueño, un noble hijo de esta patria bendecida, un aguerrido militar que tuvo el privilegio de disparar el primer cañonazo en uno de nuestros castillos, cuando, en una alborada primaveral, junto con la Aurora, vio a nuestro virgen calaje azul la mortífera metralla disparada a mañanera contra un pueblo indefenso y dormido.

Y este héroe, Ángel Rivero, que puede formar con su nombre un capítulo de nuestra historia, ante aquella irrupción imprevista poniendo a prueba su valor, que, en su hazaña imaculada de servicios, "no se le supone", contestó con la altivez de su raza en pró de su idolatrada tierra berincenta. No murió sus fuerzas; no puso reparos en lo formidable del enfrentamiento, en el desigual da la fuerza con el enemigo; su patriosato arrojo se resolvió en fuego y prendió con él una hermosa condonación en su pecho, como hubiera prendido una flor.

Y, después, tratándose a España en cumplidos de su deber militar, no pudiendo seguir cuestionando en su uniforme las insignias que habían cubierto su pecho de mariscal de campo, se dedicó a escribir la historia de la guerra hispano americana, libro al que yo lleno monumento nacional, y que la narración la felicitación personalísima del monarca español Alfonso XIII, y en el cual
con un estilo peculiarmente suyo, fluido armonioso, donde la acritud de la materia lo hubiera hecho apalmazado, en filigrana de lenguaje, y con una grande alteza de miras, hizo un canto a la patria, y rindió tributos a los que lo merecieron.

Pues a este hírcos criollo hasta la módula, pero orgulloso como yo, de su origen, es al que le ha tocado la triste misión pero honrosa misión de exhumar los trágicos despojos que dormían su sueño letárgico en el cementerio de Arecibo, P.R., arrollados por el mar homicida y la plegaria condena de sus paisanos para que sean trasladados a la antigua madre histórica España; triste anhelo, encerrado en un pequeño cofre de maderas de esta tierra desventurada tiene una grandeza épica que se desborda de él, una abredad de leyenda, una demostración de valor, de la cual fue capaz un alto espíritu superior, una palmaria realidad de la que es un español, que, al sentirse abrumado, según sus códigos olímpicos del honor, produjo la catástrofe, que, como todas las catástrofes tuvo su grandeza.

Cuando de la tumba, fueron sacados los gélidos miembros, siendo testigos de la triste ceremonia, además del alma mier de la idea, un grupo de estudiantes y portorrriqueños de lo que más vale y significa en nuestra sociedad, estando presentes también los señores D. E. Correa descendiente del noble capitán de gloriosa memoria, y que ha esculpido prestigiosamente a conseguir la identidad de los restos, y el señor D. Rafael Colorado, fotógrafo español, gran artista, al cual se deben las distintas aspectos de la ceremonia que han de contemplar un a través de su lente, los hijos del extinto, y fue esculpida de la segura cabeza del héroe, el más noble del cuerpo humano, y cuyo cráneo mostraba los dos orificios de entrada y salida de la bala que la privó de la vida, todos nos pusimos de rodillas, y elevamos una oración por la gloria de aquel despojo.

Entonces el capitán Rivera, ante la majestad de la escena, en el centro del momento inmortal, se puso con su palabra fluida un canto por el extinto, haciendo un resumen de su limpia historia, con esa difícil facilidad que es patrimonio de la oratoria, y aquellas pupilas que no pestañearon ante el fuego enemigo, se vieron arrojadas en la grímnas que floracieron en un sollozo del corazón que se le ahúló a los labios.

Encerrados después los restos en el lujoso cofre, cubiertos con rosas que se desmayaron con algo de femeño al caer sobre tan valioso tesoro, y atados por la insignia española, fueron a besar aquella frente torturada, salimos del sagrado recinto con la preciosa carga que ha de enviar a España, donde sin duda alguna, recordarán el dolor de un campo muerto, pero que también verterán lágrimas de gratitud que serán ofrecidas al hijo de esta tierra, que ha sabido salvar del Olvido la memoria de un héroe; y, al leer los detalles del último ceremonial, pensamos que Puerto Rico es una prolongación de España, en el cual unidos siempre españoles y portorrriqueños luchamos juntos con nuestros dolores, y celebremos juntamente nuestra alegría, pues si por una evolución natural en la historia de las naciones, ha venido a ser Puerto Rico una entidad subordinada al control de la América del Norte, no pueden sin embargo deshacerse los lazos espirituales que a ella nos unen, y nos atan, como un condón materno; pues si España es nuestra patria, debió, conquistador y colonizó y civilizó esta región y su misión fue cumplida, si prácticamen